

Vino el olor tan bueno y suave

Fragancias en jardines de Irapa

Del olorizar tropical

Todo se vestía de verde

Frutas de perfumes inéditos

El verdear del paisaje natural

*¿Odiás, Babi? ¿Quién sabe, Padre?*

Piña

Piña agridulce

Colorido crepuscular

Laguna de Tacarigua

Loch Lomond

Luz purpurina

La sensibilidad odorífera,  
y del colorido tropical

Los verdes inéditos



LÁM. 164 «Lago del Zulia», Cristian Anton GOERING,  
*Von Tropischen Tieflande sum Ewigen Schnee*, Leipzig, 1893,  
 colección Biblioteca Nacional, Caracas.



LÁM. 165 *A River Scene in Venezuela*, grabado original,  
 sin fecha, colección particular, Caracas.  
 REPRODUCCIÓN RODRIGO BENAVIDES



LÁM. 166 Río Orinoco en el Delta Amacuro.  
 FOTOGRAFÍA ROMÁN RANGEL (ECOGRAPH)

XXIV. *La sensibilidad  
odorífera y  
del colorido tropical.  
Los verdes inéditos.*

(782)

Cristóbal COLÓN, *Diario del  
Primer Viaje, 19 octubre 1492*, Edición  
Textos y documentos completos,  
op.cit., pág. 120.

(783)

Cristóbal COLÓN, *Relación*,  
op.cit., pág. 374.

(784)

Sobre el concepto del paisaje  
inventado ver la obra de  
Anne CAUQUELIN, *L'invention  
du paysage*, Presses Universitaires  
de France, Coll, Quadrige  
París, 2000.

(785)

BUARQUE de HOLANDA, op.cit.,  
pág. 228.

- 1 Fue reiterado el asombro de los descubridores europeos ante el colorido del verdor y la intensidad de los olores de la naturaleza tropical. El impacto sensitivo fue fortísimo a partir del hallazgo del Nuevo Mundo, lo que se observa a los siete días de la primera arribada de los españoles a las islas Lucayas, hoy Bahamas, cuando Cristóbal Colón se refiere a una de las islas de este archipiélago, Saomete, que bautizó como La Isabela y denominada actualmente Croked Island, de una manera inequívoca: «Esta costa y la parte de la isla que yo vi es toda cuasi playa, y la isla la más hermosa cosa que yo vi, que si las otras son muy hermosas, esta es más. Es de muchos árboles y muy verdes y muy grandes, [...] Y llegando yo aquí a este cabo, vino el olor tan bueno y suave de flores o árboles de la tierra, que era la cosa más dulce del mundo» (782). ─
- 2 Años más tarde, en agosto de 1498, el Almirante manifestó su asombro ante la magnificencia de los paisajes arbóreos siempre verdes de selvas y manglares, donde la vegetación llegaba hasta la orilla del mar, destacando asimismo la singularidad estética de los paisajes agrarios de los aborígenes, cuidados y deleitosos por su verdura, flora, matices y fragancias, por lo que bautiza un sector en las inmediaciones de Irapa como **Jardines**. Por su experiencia como geógrafo de terreno los compara con los bellos paisajes peninsulares mediterráneos de las huertas valencianas, en el mes de abril donde muestran todo su esplendor y productividad (783). ─
- 3 El deslumbramiento ante el colorido tropical de la naturaleza venezolana no fue exagerado. Tanto Colón como los miembros de su tripulación estaban conformados natalmente como hombres vinculados a la predominante aridez de tonos marrones y grises, derivados del clima mediterráneo. Por ello, la lozanía de los verdes inéditos de la vegetación trinitaria y pariana, junto con la profusión del verdemar de aguas continentales e insulares, les provocan un auténtico choque emocional. ─
- 4 Los fuertes impactos sensoriales en los recién llegados ante los paisajes del color verdeante y del olorizar tropical los llevó a fijar una determinada visión en el imaginario colectivo del forastero europeo. En ellos se mantenía un trasfondo psíquico del recuerdo de anteriores imágenes de una naturaleza dominada por los coloridos ocres de suelos y vegetación mediterránea, junto a aromas suaves. Sin embargo, el choque sensual de la mirada y del olfato los trastocó totalmente. No fue un paisaje inventado, puesto que la naturaleza tropical imponía todo el vigor de la magnificencia del verdear del paisaje natural, mostrando árboles y follajes, con plenitud del color verde (784). En estas latitudes la naturaleza física avasalló ampliamente la invención del paisaje cultural. ─
- 5 El reverdecer tropical en plena temporada de lluvias o el siempre verde en ámbitos de humedad permanente era algo absolutamente diferente del tono verdoso del advenimiento primaveral europeo mediterráneo. Aquí todo se vestía de verde y la tierra se cubría con el verde esmeralda de árboles y vegetación menor, acompañado con intensidad de olores. El verdegay, o color verde claro, cedía rápidamente espacio al color verde vivo y culminaba con el verdor pleno, con vigor, lozanía y fortaleza. Se daban las condiciones para la percepción de un paisaje de verdes inéditos. ─
- 6 El intuitivo ensayista brasileño Sergio Buarque de Holanda, quien alcanzó una de las mejores interpretaciones del cuerpo y alma de su país, insistió en que el verdor inmutable del follaje impresionaba fuertemente al europeo por la naturaleza de los trópicos, traduciendo además el sueño paradisíaco de la eterna primavera (785). Sin embargo, más recientemente, el norteamericano James Hillman, reconocido especialista en

imágenes, advierte de los peligros del verdear del paisaje al migrante venido de latitudes templadas y frías: «¿Y con qué se encuentra? ... los plácidos e indiferentes ríos, laderas y sabanas de interminables lluvias, el letargo melancólico del calor ecuatorial y esa verde, enredada oscuridad de bosques devoradores profundamente verdes, del preciso color de la esperanza, donde se esconde la serpiente primordial, la enfermedad y la muerte. Verde esperanza irónicamente traicionada por un lugar de no esperanza, esperanza abandonada que traducida por la imaginación mítica del europeo se convierte en el abandono del alma en el infierno, sin salida» (786). Recordemos de capítulos anteriores la percepción del conquistador español ante la espesura demoníaca del denso siempreverde de las selvas del sur marabino percibidas como golfo y río del Infierno. —

<sup>7</sup> Las condiciones ambientales del calor y la humedad del trópico se expresan en memorias y experiencias olfativas. Para algunos descubridores estos olores son deleitosos, como lo testimonia Américo Vespucio en referencia a la selva de la costa guayanesa: «fuimos a tierra y la encontramos tan llena de árboles, que era cosa maravillosa no sólo por su tamaño, sino su verdor, que nunca pierden las hojas; y por el olor suave que salía de ellos, que son todos aromáticos, daban tanto deleite al olfato, que nos producía gran placer» (787). —

(786)

HILLMAN, op. cit., pág. 36.

(787)

VESPUCCI, op. cit., carta del 18 de julio de 1500... , pág. 52.

<sup>8</sup> Para otros los olores tropicales son agresivos, reiterándose en varios cronistas el rechazo ante frutas de perfumes inéditos o bálsamos naturales: «Acostumbran los indios embadurnarse con cierto líquido que sale de los árboles como trementina, que ellos llaman buzera, es muy amarilla, de olor muy agudo, y con ella se untan todo el rostro y el cuerpo a manchas, haciendo labores y trazos. Y sobre ella se ponen aquel tinte de color rojo que llaman bariquizi, y duran así varios días. Mezclado un olor con el otro, resulta una desagradable combinación y con esta mixtura ellos se van a dormir en sus hamacas, pareciéndoles estar muy bellos y gallardos» (788). —

(788)

CEY, op. cit., pág. 114.

(789)

GUMILLA, op. cit., pág. 213.

(790)

CEY, op. cit., pág. 41.

<sup>9</sup> En estos paisajes del olorizar tropical tienen especial dimensión los perfumes naturales, que impactaban a los españoles, siendo revelador el testimonio del misionero José Gumilla: «a mí me ha sucedido muchas veces quedarme absorto en medio de aquellos bosques y embargado el movimiento de una tal fragancia y suavidad de olores exquisitos, que no hallo con que explicarme. Preguntaba entonces a los indios compañeros de donde salía aquel bellissimo olor, y la respuesta era: *¿Odi já, Babi?*

*¿Quién sabe, Padre?* Para mí es induditable que hay entre aquellas vastas arboredas resinas, aromas, flores, hojas y raíces de grande aprecio y que serán muy útiles a la botánica, cuando el tiempo las descubra» (789). —

<sup>10</sup> Impactantes fueron los aromas de flores y frutas. A modo de ejemplo se puede tomar el olor de la **piña** [*Ananas sativus*], sensualidad reiterativa en todos los europeos, tanto los de origen mediterráneo, como el florentino Cey, o de origen nórdico, siendo el caso del sueco Pehr Löfling, quien acompaña su obra con una estupenda reproducción de la **piña agridulce**. La cita de Cey ahorra todo comentario: «La **piña** es una fruta de las más aromáticas y bellas que hay en todas las Indias... Es muy dulce, no faltándole lo ácido, como en todas las frutas del país, olor y sabor como la uva moscatel, pero si se come mucho, hace destilar sangre de la boca, máxime si no está bien madura, y da dolor de estómago y genera mucha cólera. Abriendo una bien madura se siente el olor por toda la casa» (790). —

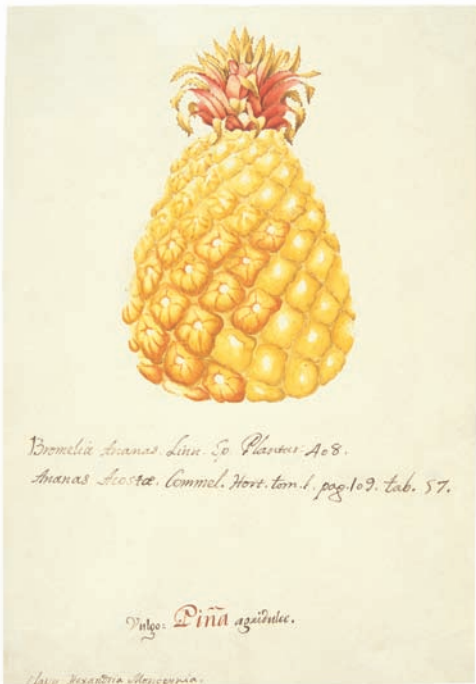
<sup>11</sup> La sensibilidad ante el colorido tropical se mantuvo durante todo el período de la Venezuela Hispánica y se extendió en la Venezuela republi-



**XXIV.** *La sensibilidad  
odorífera y  
del colorido tropical.  
Los verdes inéditos.*



LÁM.167 Cultivos diversos, *Churchills Collection of Voyages and Travels...*, año 1649, VOL. II, pág.123, colección Biblioteca Nacional, Caracas.  
REPRODUCCIÓN RODRIGO BENAVIDES



LÁM. 168 Piña, *Pebr Löfving y la expedición al Orinoco 1754-1761*, Real Jardín Botánico, Madrid.



LÁM. 169 *Naturaleza muerta*, 1980, Pedro CENTENO VALLENILLA, óleo sobre madera, 80 x 100 cm, colección Fundación Museos Nacionales (Galería de Arte Nacional).

CORTESÍA CINAP

cana. Los verdes inéditos impactaron a exploradores, viajeros, misioneros. Fue reiterativa la afirmación en comparar la tonalidad del verde predominante en las áreas húmedas del actual territorio venezolano al fulgor de las esmeraldas. Olores y coloridos se mantuvieron incluso en las áreas roturadas, impactando a viajeros franceses en el tardío siglo XVIII el valle de Caracas: «Un buen número de casas elegantes están esparcidas o agrupadas en medio de estas praderas. Sus cercados, cuyo cultivo es cuidado, están rodeados de setos olorosos. Allí se respira un aire puro y embalsamado. Pareciera que la existencia toma allí una nueva actividad para hacernos disfrutar las más dulces sensaciones de la vida» (791). Esta visión de un viajero refinado y experimentado hombre de mundo, contertulio de Luis XVI y María Antonieta en los jardines versallescos, como lo fue el conde de Ségur, sintetiza la sensibilidad ante el olorizar de los paisajes venezolanos. ─

- <sup>12</sup> En el otro extremo de la percepción europea, un rústico comerciante escocés, Robert Semple, quien estuvo en Venezuela durante la Primera República, quedó rendido ante el colorido crepuscular del paisaje en torno al lago de Valencia: «Como el sol estaba ya declinado, subimos a esta colina por un sendero angosto que han hecho las numerosas cabras que suben por él, y desde la cumbre pudimos admirar un panorama tan sugestivo como no es posible imaginarlo. En La Cabrera, los cerros se prolongan y avanzan aguas adentro, y esto nos facilitó la manera de apreciar la laguna en toda su superficie. Esta bella extensión de aguas, a mil trescientos pies sobre el nivel del mar, era llamada por los indios Laguna de Tacarigua, y se extiende más de treinta millas en dirección este-noreste a oeste-suroeste. Su mayor anchura parece ser de doce millas más o menos y tiene cierta semejanza con Loch Lomond (famosa y bella laguna de Escocia) por el número de pequeñas islas que se hallan diseminadas entre las aguas, que alcanzan a veintisiete; pero las montañas que la rodean, aunque desiertas, no tienen el aspecto agreste o rocalloso de las que circundan al lago escocés. El lado sur, aun visto a esta distancia, es magníficamente pintoresco porque el agua llega hasta el pie de las colinas, que por estar cubiertas de mimosas y bananales, lucen la exuberancia de una delicada e insuperable vegetación. A ambos lados de la laguna el terreno es plano y termina de pronto, hacia el este, en las colinas que dan al valle de La Victoria, para extenderse luego por el suroeste, más allá de Valencia, hasta donde la vista alcanza. En aquel momento toda la escena se magnificaba por los bellos tintes del crepúsculo que derramaban su colorido sobre el delicioso paisaje, mientras empezaba el sol a ocultarse en lontananza, y sus destellos ponían notas finales de resplandor en las más empinadas cumbres de los montes. Una luz purpurina inundaba el valle mientras irisados fulgores opalinos se extendían sobre la superficie de la laguna» (792). Abundan en todo el territorio nacional las descripciones de extranjeros encantados en su sensibilidad ante los paisajes del color tropical. Muchos de estos parajes perderían su fulgor en el temprano siglo XX. ─

(791)

Louis Philippe, conde de SÉGUR,  
*Memorias, recuerdos y anécdotas*,  
reproducida en C. F. DUARTE,  
op. cit., pág. 318.

(792)

SEMPLE, op. cit., págs. 81-82.